

Queridos

COLECCIÓN JESÚS REINA

Xicus
exposiciones

Queridos

COLECCIÓN JESÚS REINA

Queridos

COLECCIÓN JESÚS REINA

26 de noviembre, 2020 / 12 de enero, 2021

CICUS, Sala EP1, calle Madre de Dios, 1. Sevilla

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Rector

Miguel Ángel Castro Arroyo

Director General de Cultura y Patrimonio

Luis Méndez Rodríguez

Director del Secretariado de Patrimonio

Luis F. Martínez-Montiel

CICUS

Jefe de Servicio

José Luis Hohenleiter Barranco

Director Técnico

Javier Gutiérrez Padilla

Gestión y producción

de exposición / catálogo

Domingo González Lavado

EXPOSICIÓN

Comisario

Luis F. Martínez-Montiel

Montaje

Otto Pardo, Esteban Guzmán
e Isidoro Guzmán

Rotulación e impresión digital

Trillo Comunicación Visual

Transporte

Rafael Moyano

Seguros

Generali

CATÁLOGO

Textos

Luis F. Martínez-Montiel

Carlos Miranda

Fotografías

Javier Artero y Claudia Ihrek

Diseño gráfico

Estudio Manuel Ortiz

Impresión y encuadernación

Imprenta Sand

© de los textos, sus autores

© de las imágenes, sus autores

© de la presente edición,

Universidad de Sevilla. CICUS

ISBN: 978-84-472-3073-0

Depósito Legal: SE 2171-2020

Agradecimientos

Manuel Muñoz, Carmen Malpartida y Carlos Miranda

El Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla desarrolla dentro de su programación una apuesta por la difusión de colecciones privadas de arte que, sin el apoyo de la institución, no podrían ser conocidas ni visitadas. Así se hizo con la exposición de los premios de DKV (2015); con *Lo audio-visual. Arte sonoro en las colecciones 9915* (2016) y con *La necesidad de lo infinito* (2018) que mostraba la colección de Ernesto Ventós. Y en este contexto, hay que situar la exposición *Queridos* que invita a conocer la colección privada de Jesús Reina. Lo hace además en un marco como el CICUS, que condensa algunos de los valores fundamentales para la asociación: la formación, la investigación como actividad generadora de conocimiento, la difusión en tanto que búsqueda de nuevos públicos para el arte contemporáneo.

Lejos de imponer una interpretación cerrada, la exposición permite romper la frontera de la intimidad para el público y recorrer unas piezas que en definitiva son un acto de pasión y de amor por el arte, que ahora se puede compartir. La muestra ofrece un atisbo de los gustos de su comitente, al tiempo que nos invita a recorrer los nuevos escenarios del arte de las últimas décadas donde se forja esta colección que sigue un derrotero en función de la personalidad y de la formación de Jesús Reina, a quien agradecemos públicamente su colaboración.

Queridos es una invitación a adentrarnos en la conformación de una colección de arte contemporáneo, a esa combinación de razones adictivas que le llevan a adquirir determinadas piezas, a esos nombres y obras que tienen un significado para el coleccionista. Y, en última instancia, es una oportunidad para comprender la escena artística a través de un coleccionista que ha promovido el ambiente cultural de la ciudad y que ha estado al lado de los artistas, trazando con sus obras su propio itinerario vital.

Luis Méndez Rodríguez

Director General de Cultura y Patrimonio
Universidad de Sevilla

El caos del deseo insatisfecho y la necesidad de lo inútil en la pasión de coleccionar de Jesús Reina

Luis F. Martínez-Montiel

Universidad de Sevilla

Cualquier colección es fruto de la paciencia, la persistencia y el deseo a partes iguales. La colección de obras de Arte Contemporáneo de Jesús Reina es, además, el resultado de años de compartir complicidades con los artistas. Estas connivencias inspiradoras con los de su tiempo, son las que de alguna forma le ayudan a transitar y le motivan a sentirse parte de ese microsistema del arte. Una práctica que, a todos los que la habitan llena de satisfacciones y que a los que observan desde fuera llena de extrañeza. Es como un reducto en el que deambulan, unidos por hilos, a veces, indescifrables, todos los que hacen del Arte su residencia, su hogar.

Jesús Reina forma parte de esos locos maravillosos que anteponen el goce estético o la señal de alerta que las obras implican en su vida diaria. Cualquiera que haya compartido unas horas con ellos se hará extremo o los perseguirá para ser parte. O los amará o los mirará con lejanía como si de apestados se trata, no hay zonas intermedias. Además, y para reforzar lo dicho, cada grupo, cada miembro de este invisible «clan» es consciente de una

pertenencia plena al mismo y de la existencia de otras islas con las que, en ocasiones, se comparte el interés general, pero no el particular que tanto los diferencia. En esos bordes es donde habita la libertad, al menos en el ecosistema del arte. Los grupos con fronteras abiertas, en los que es fácil el tránsito, son los preferidos de Jesús Reina.

Desde fuera uno se imagina el lugar de las colecciones como mundos regidos por la «lógica» o por el interés. Sin embargo, en la mayoría de ellas, al menos en las más vividas, y por ellos las más interesantes, el movimiento surca por el caos del deseo insatisfecho y por la necesidad de lo «inútil».

En la colección de Jesús Reina ese deseo, como el de un cazador, está siempre alerta, siempre ávido de ocasiones que permitan la ampliación... siempre en la tensión del «deseo». Basta compartir unas cuantas horas con él para entender esa pasión, ese nervio que se ha convertido en un fin, que le permite confundir obra con creador. Es quizás la manera de tenerlos delante, de sentirlos, pues su *Queridos* del título bien sirve para ambos. La cercanía, la amistad con ellos es transferible de uno a otro.

Jesús Reina habla de Federico Guzmán, Rogelio López Cuenca, Rafael Agredano o Curro González con la admiración del conocimiento y respeto de años, lo mismo que lo hace de Miki Leal, Juan del Junco, Manolo Bautista o Pilar Albarracín que se unieron poco después a su «club». Cuando se le escucha, uno duda si lo hace de la persona o de la obra. Estas también son sus amigos con las que comparte vida, son algo más que objetos. Atesora vivencias a través de ellas y eso le hace no necesitar tenerlos delante. Sus obras como sus artistas se distribuyen por su casa y por la de sus amigos, lo que sorprende porque, desde fuera, un coleccionista, es un obseso de la posesión. Nada más alejado del Jesús Reina coleccionista. Al principio sorprende que tenga obras distribuidas por casas de otros, pero a poco que hables con él nos damos cuenta que es lo más oportuno, lo más «lógico», pues sus obras van entremezcladas con los que las hicieron

y con quienes las disfrutan; de nuevo esas fronteras abiertas, traspasables y acogedoras que alienta Jesús Reina.

Con este *Queridos* abre su exposición el coleccionista, a quien la brevedad y concisión del título sirve para hacer alegato y resumen de su propuesta. *Queridos* es algo más que un título, algo más que una manera de descifrar la vida que lo rodea y de aportar las suficientes pistas como para saber cuáles son sus razones, *Queridos* es, sobre todo, una herramienta para seguir aprendiendo, para ir descubriendo los afectos ligados a los momentos y a sus obras. Por ellas les conocerás.

El *storyteller* como coleccionista, o algunas razones de un divertido *topos* digresivo

Carlos Miranda

Jesús Reina lee cada mañana sus periódicos al solcito que toque, desayunando cual muy sevillano señor en esa cafetería que hay en cada placita acogedora del mundo. Da igual en qué ciudad esté, él siempre encuentra tal buen lugar que hace suyo en dos movimientos, rápidos y gráciles: acomodarse en la mesa con el mejor rayo de luz disponible, y enunciar un escueto y sutil «¡camarero!» mientras despliega la prensa y, generalmente, un libro de los que ha comprado para sí o para regalar. Porque le gusta regalar. Y le gusta mucho.

Manolito es mi lorito, que adora a Jesús. Él le picotea levemente la barba y Jesús le habla o le canta. Yo creo que se llevan tan bien porque, como podemos intuir en su modo de empezar cada día, nuestro coleccionista tiene algo de pájaro. Su naturaleza animal le lleva a procurarse la luz que tamice su estancia como un placer cotidiano, con las sombras móviles de esas hojas persistentemente verdes que un día descubrí son las piezas de su colección. Porque siempre habita bajo su gran árbol de obras, visita su hogar, lector, y lo comprobarás. O bien habla con él, pues no están almacenadas sino en continuo

movimiento, por sus casas —incluyo las de sus amigos— y en su memoria, y eso distingue su particular condición de recopilador. Igual que mi loro colecciona hojas de plástico, o recortes de billetes cuando me descuido, él acumula cada pieza como extraño *souvenir* de un *encuentro* con la entidad humana que haya apreciado bien, y entonces se lo lleva a su árbol transfigurado en una obra del sujeto que tercie. Así, observando esta relación con sus obras, uno aprende a entenderlas también como vectores de intensidad de momentos vividos, mucho más allá de su autonomía discursiva. Jesús *las usa* para eso, cada una tiene detrás una historia humana que estará dispuesto a regalarte con todo lujo de detalles si estás pronto a atender. Es una de las razones que lo convierten en andante historia oral del arte, en vasto archivo de todo lo interesante, divertido, inconfesable, anecdótico, ocultado o imposible que puede haber acontecido alrededor de un objeto de contemplación, para extenderlo allá donde empieza a ser, así, máquina discursiva *fuera de sí*, es decir, objeto cultural. Lo cual no deja de resultar reveladoramente intrigante si hemos de pensar por qué la gente colecciona arte y, especialmente, por qué cada cual lo hace como lo hace. No me cabe duda de que los *Cultural Studies* tendrían mucho campo que recorrer si se focalizaran en la figura de nuestro coleccionista.

De hecho, siempre que me encuentro con el término «operador cultural» como referencia a ciertas prácticas artísticas de nuestros tiempos, me viene a la cabeza Jesús, artista relacional antes del arte relacional, verdadero nodo de conexiones profesionales que ocurren siempre festivamente, con la naturalidad de quien habita lo que otros llaman trabajo como unas continuas vacaciones del interés del *business*. Encuentro aquí una cierta aristocracia diletante, la del *que no necesita hacerlo*, un modo *amante* de estar en el arte dado por el hedonismo más sincero que, también, diferencia las maneras de entender qué es coleccionar para este ave recolectora de documentos afectivos. Del mismo modo que, cuando en el diario lee las barrabasadas del mundo al sol placentero de su café con leche y media tostada de jamón, lo hace situado a feliz distancia de los males de nuestros días, las más de trescientas obras que ha venido trayéndose a su árbol son cualquier cosa menos

una inversión patrimonial. Al contrario de un valor de cambio, van conformando(le) un mundo propio que habitar mirando cada uno de los tiempos que reactivan y los relatos que hacen despegar. Son vuelos en potencia a personas concretas, a ocasiones de gozo que, seguramente, tras esos viajes aterrizan en una íntima sonrisa, silenciosa y reconfortada, la del que sólo se permite cosificar sus vivencias en los mejores mundos de otros. Todo un síntoma del valor de saber leer al prójimo en algunas de sus mejores condiciones, ésas que cada uno conoce cómo llevar a su obra. No es baladí, pues, que este volador reconociera desde polluelo su territorio en el arte y, sobre todo, en las personas que lo conforman. Precisamente, cuando esto escribo, Jesús está en el C3A de Córdoba inaugurando otra hermosa exposición de uno de sus «ahijados» artísticos, Juan del Junco, quien, sin querer, puede haber descrito a nuestro protagonista en dos párrafos de su hoja de sala:

El que camina —o el que vuela— aproximándose a las riberas del río descubrirá el olor profundo de la corteza del chopo, y bajando el talud de la orilla encontrará el carrizal que surge del cauce y que vibra con el viento. Nada allí importa entonces sino dar con un lugar donde sentarse —posarse— y observar con tranquilidad todo lo que alrededor sucede: desde una libélula en una rama alta de un taraje hasta el vuelo bajo del martinete que se aleja a ras de agua emitiendo un lastimero graznido.

Entonces, es allí donde uno —también el pájaro— descubre la casa, a la sazón una rama, una caña o miles de ellas formando un templo. Un templo donde adentrarse para sentirse a resguardo. Y es allí, también, donde uno —que se cree un solitario— se ve por fin acompañado, ya que al templo acuden religiosamente los habitantes riparios. Algunos de ellos son grandes y aletean desde la lejanía al atardecer, y otros —pequeños y esquivos— están siempre entre la foresta. De entre ellos, solo uno posee diez plumas en su cola, y conocer ese dato es también estar en un templo.¹

1. Véase Juan del Junco, *Liturgia del río y del pájaro (Conceptual Andalusia)*. Centro de Creación Contemporánea de Andalucía, C3A. Córdoba. Del 1 de octubre de 2020 al 17 de enero de 2021.

En efecto, este pájaro que eleva su *flânerie* sobre los encuentros con la florifauna del arte, construye su templo con datos de todo tipo, que trascienden cada obra y la expanden en otro relato más del *storyteller*. Su vuelo pausado y curioso planea riberas fértiles en busca de nuevas aventuras que llevarse al nido, cuya banda sonora de aleteos del tiempo hace vibrar el aire que respira en una sofisticada sinfonía de días felices, elegidos de entre todos los traídos por el azar, seleccionados en función de una gratitud vitalista que él sabe reconocer como la mejor homeopatía para su alma volante. Recuerdo una ocasión en que yo tenía que pernoctar en Sevilla y me dio las llaves de su casa, mientras él quedaba en la mía de Málaga para no sé qué inauguración. Entré, pues, en el templo solitario, bien es cierto que un tanto alegre después de una buena velada, y me encontré a media luz en unas estancias atiborradas de revistas, libros, periódicos, catálogos y, claro, obras por todas partes. Colgadas, apoyadas en las paredes o depositadas en el hall. Y se me apareció la nebulosa imagen del pájaro con gafas y en zapatillas cómodamente semihundido en su sillón, leyendo entre el leve frufú del follaje de sus piezas... De cuando en cuando descansaba de la lectura y levantaba la vista hacia alguna de ellas, como para evocar mejor su particular origen, y luego se volvía a sumir en el texto que tenía entre las manos. Entonces fui yo quien elevó la mirada, y a mi alrededor empezó a animarse una bandada cada vez mayor de imágenes de todo tipo:

- Una majestuosa proletaria armada en la portada de un Vogue soviético.
- Un extraño laberinto en planta blanquinegra, que podría ser un diagrama de la cabeza o de la casa de Jesús.
- Una demencial acumulación de monstruitos asustadores encerrados en una elipse de oro.
- Una jaula para pájaros sin pájaros con un micrófono, rodeada por un batallón de altavoces con el silencio muy alto.
- Un muchacho sentado a una mesa, que se había quitado la máscara que le cubría el rostro que no tenía.

- Otra mesa de millones de puntitos que parecían flotar como mi cabeza.
- Una levisíma niña que caminaba con su duende volador, ambos delineados casi sin tocarlos.
- Unas nubes que no eran de vapor, sino de miríadas de círculos multicolores, eléctricas e inquietantes, porque parecían latir.
- Un montón de gente contenta que hacía un paisaje verde-verde-verde, con una florecilla amarilla que era Bart Simpson.
- Otro paisaje troquelado sobre sí mismo, blanco (¿la nieve podría ser una celosía?), animado con mejillones de muy lindas especies vegetales.
- Cataratas blancas sobre piedras negras, siniestramente bellas.
- Un cenachero que cantaba boquerones frescos en su desolada ciudad robada.
- Otra portada de revista con un señor muy serio que me decía cosas rusofuturistas.
- Otro señor en la calle desierta, que me mareaba más porque lo veía como si yo estuviera volando.
- Joseph Beuys sin su coyote pero con un chucho meándole la manta de fieltro.
- Una antigua amante de un amigo-amiguísimo tumbada sobre un piano entre gigantescas rosas abiertas.
- Un pictograma algo cansado de serlo.
- Otra amiga-amiguísima como medalla-amuleto en el pecho desnudo de un torero.
- Otro señor muy serio cuyo rostro de pintura blanca se movía como el agua.
- Un pobre ciervo cazado por malditos perros, pero era una imagen en la mano de alguien...
- Un avión de letras o una nube geométrica.
- Un torreón medieval adosado a una navecita de aperos en un mundo de corcho.
- Dos festivos *skaters*, uno encapuchado en rojo y el otro en pelotas.
- Un mancebo de Avignon en camiseta de tirillas, que me quería seducir con su casco rojo de la obra.
- Gente que me miraba desde el final de una peli en blanco y negro, *The End...*

... *The End*, no podía más... Entre tal mareo de imágenes y el de esos vinos que traía puestos, caí en el bendito sopor que sólo estas mezclas sabias saben dar... Así que la cama que me habían dejado tan bien preparadita fue el mejor de los lechos que un día intenso y locuelo podía esperar. Y soñé. Soñé con un individuo totalmente calvo de gafas de pasta, como muy de *nouvelle vague*. Bien podría ahora marcarme la pedantería de decir que era Foucault, y que conversamos muy naturalmente sobre las heterotopías que había descrito Borges. Pero lo cierto es que no, que el sueño con mi onírico-nuevo-amigo-calvo-que-no-era-Foucault fue por otros derroteros menos intelectualoides. Y que la idea de que lo de Reina y sus piezas era una heterotopía en toda regla surgió ya de la resaquita mañanera, recorriendo la morada que me acogía a plena luz del día... En efecto, pensé que las maneras de recopilar de nuestro pájaro realmente impiden aplicar los criterios ortodoxos de colección a esa nebulosa de imágenes-cosas. Y asimismo que lo que las hace «mantenerse juntas»² no es la necesidad de compleción de un conjunto de ejemplares plástico-discursivos de ningún orden reconocible. Porque, como he comenzado diciendo aquí —pero también se me ocurrió entonces—, son efectivamente *souvenirs* de muy íntimo sentido, y si algo los enlaza es precisamente la digresión, su desorden narrativo, el azar de su llegada al nido móvil de la *memorabilia* que implican *por estar allí*, en el *topos* aviar del que voletea continuamente de ciudad en ciudad *viviendo historias*. De ahí que las obras de/en esta colección se deban a sus relatos, *los que Jesús cuenta*, los que regala continuamente. Por eso, pues, es un privilegio para cualquier artista que una obra suya esté en el *repertorio* de Jesús, en su casa, o en la sala que ahora acoge esta exposición. Lo cierto es que colgar este conjunto de piezas equivale a activar un territorio *expandido oralmente*, a poner en escena una potente relación entre palabras y cosas que, a día de hoy, me parece no resulta fácil de encontrar en nuestro arte contemporáneo. No estamos aquí viendo meras obras autónomas, en formación de relación discursiva para un

2. Véase Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Madrid: Siglo XXI, 2009. O también Foucault, Michel, *Los espacios otros*. Cali: Lugar a dudas, 2014.

espacio cerrado de exhibición, sino más bien una presencia coral de, como diría Austin, diferentes enunciados performativos³, que prolongan su operatividad en función de quien los recopila en sus propios relatos. De quien les otorga ese «criterio de autenticidad»⁴ tan personal, particular y, sobre todo, efectivo, fundado en la intrahistoria de cada *souvenir*, de cada encuentro: el *criterio Reina*. El ámbito espacial, pues, es aquí trascendido mediante su temporalización, de modo que la colección sigue funcionando vía su *storyteller*, quien la performa continuamente antes, durante y después de su mera exposición, convocando aleatoriamente obras que, ya, en indefinibles momentos y lugares otros, resultan tan plásticas como literarias, tan reales como fabulares.

Así pues, no se trata tanto de *qué* colecciona nuestro amigo cuanto de *cómo* lo hace. Si ya he mencionado el nulo interés de nuestro ave recolectora por el valor de sus objetos en tanto inversión especulativa, para volcarlo en su fuerte condición afectiva, es porque quisiera subrayar que ese templo que las acoge ostenta la cualidad de representar un verdadero nido de relaciones a través del tiempo, trenzadas a partir de la *gratuidad* social que distingue la causa estética de Jesús como nodo intra/intergeneracional. Su heterotopía es también heterocronía, de momentos narrados, pero también de ámbitos donde hacerlo, que afectan a gentes del arte de diversas épocas, círculos, tendencias y situaciones. La colección, el repertorio fabular de Jesús, consiste en atravesar los tiempos como lo hacen las grandes obras de arte, y quizás algún día lúcido sea contemplado como tal. Porque las intrahistorias de nuestro querido volador cumplen «esa labor que, como la de las madreporas suboceánicas, echa las bases sobre que se alzan los islotes de la historia»⁵, y además lo hacen desde el más revelador sentido del humor, lo cual suele redimir las de

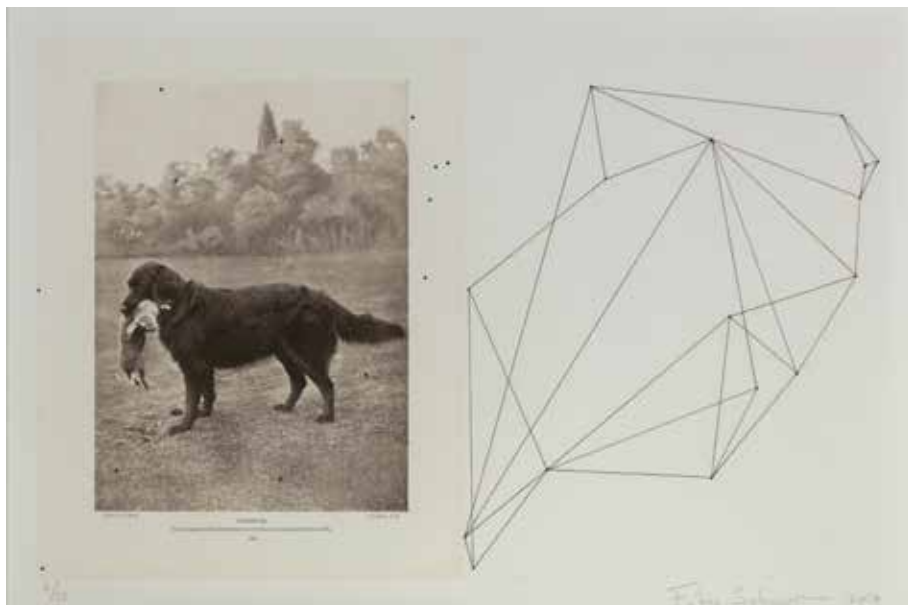
3. Véase Austin, John Langshaw, *Cómo hacer cosas con palabras. Palabras y acciones*. Barcelona: Paidós, 2009.

4. *Ibid.*

5. Véase Unamuno, Miguel de, *Ensayos. En torno al casticismo*. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1916.

cualquier juicio. Pues las madréporas jesuianas ríen por defecto, es decir, por sabiduría vital, en espumosos días que filtran del color de sus plumas exóticas las obras de su árbol. Bendita sea, pues, su sombra.

Acababa aquí estas líneas cuando recibo una llamada de Jesús y, comentando historias varias, me entero de que esta exposición se titulará «Queridos». Lo cual no me extraña nada y, como comprenderás por lo que hasta aquí he escrito, lector, viene a resultar de lo más adecuado. Disfruta de ella como gustes, pero no olvides que está compuesta por obras que son balcones abiertos de par en par, cada uno a un auténtico trozo de vida que se hace leyenda en boca de su *autor*: el coleccionista de documentos afectivos, el artista de sus relatos. Pregúntale a Jesús y *verás* cómo te los regala.

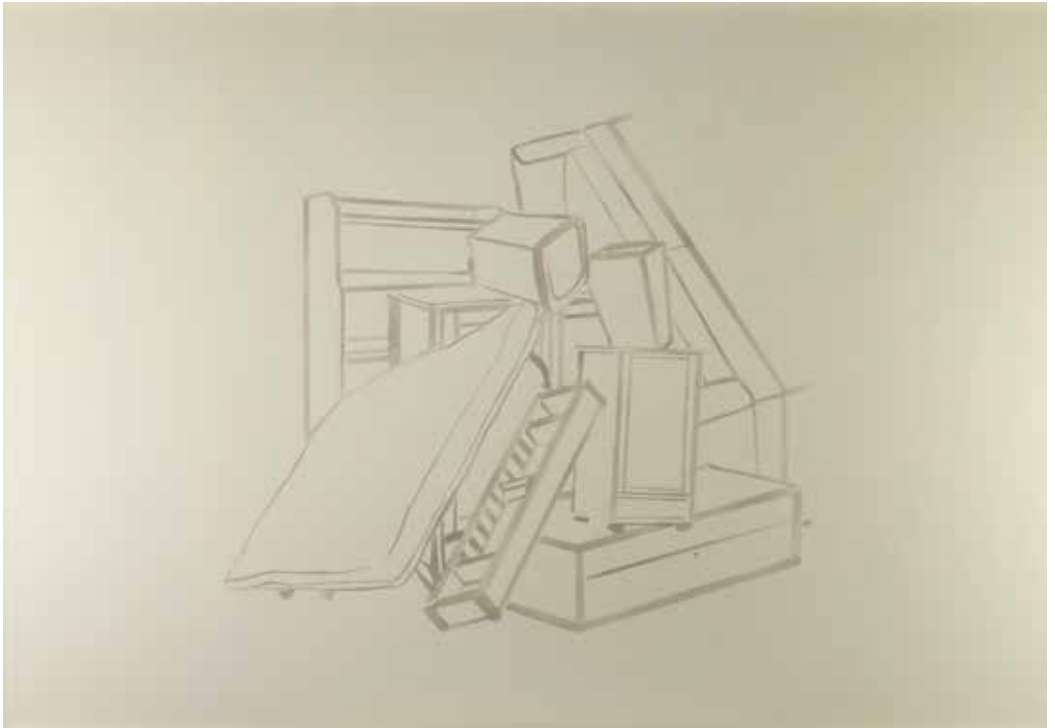


Fabia Schnoor

Traças, pontos e linhas. (Cao). 2017

Impresión sobre papel. Ed. 4/25

29 x 18 cm

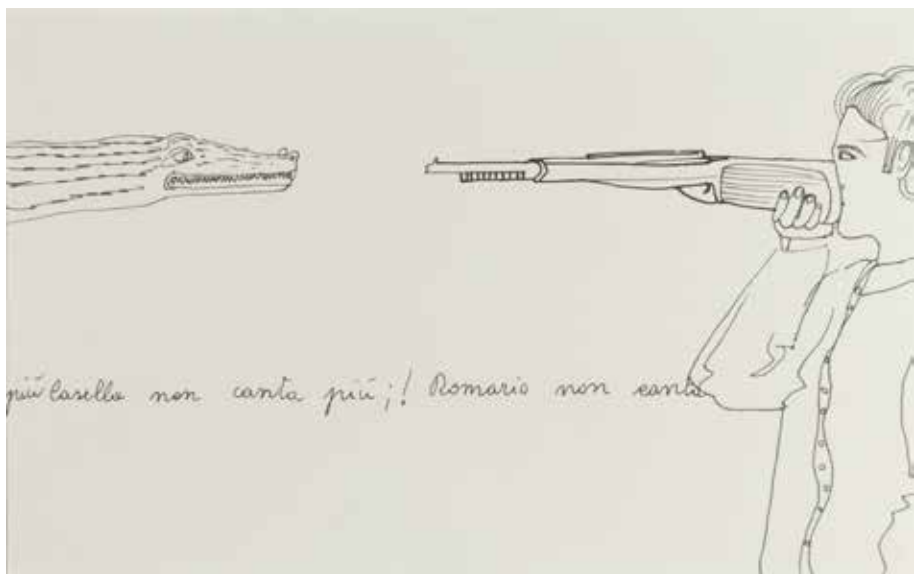


Hisae Ikenaga

Serie de muebles apilados. 2008

Dibujo. Tinta china sobre papel

50 x 70 cm



Mattia Barbieri

Bad boy, 2008

Tinta sobre papel

17 x 25 cm



Aldo Iacobelli
El esfuerzo. 2008
Lápiz sobre cartón
10 x 25 cm

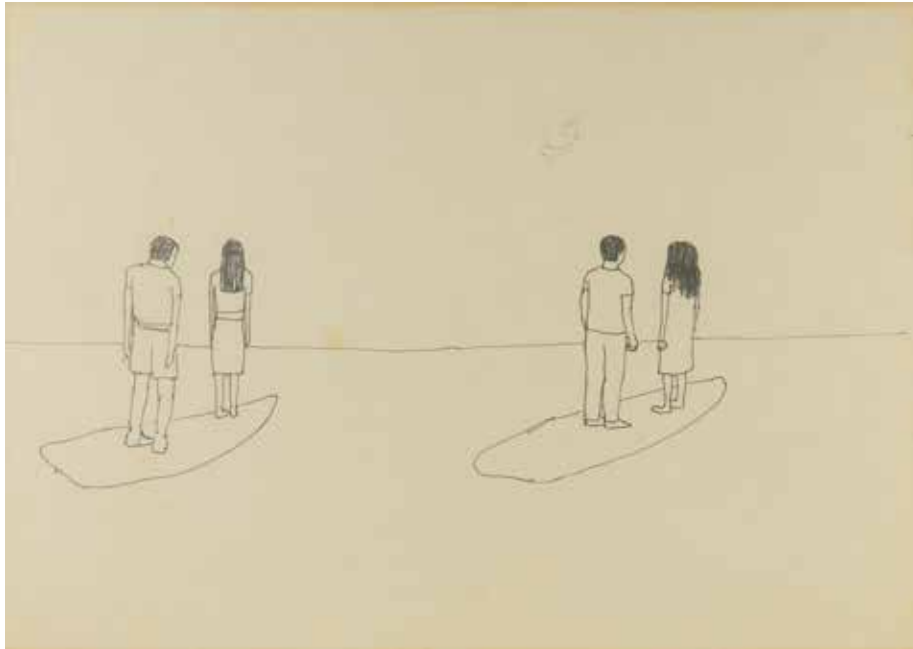


Hans Lemmen

S/T. 2012

Tinta sobre papel

31 x 23 cm



Sinéad Spelman

Surfers. 2010

Bolígrafo sobre papel

23 x 32 cm



Bernardo Ortiz
S/T. 2015
Grafito sobre papel
26,5 x 20,5 cm



Dora García

S/T. 1995

Lápiz sobre papel

14 x 10 cm



Rincón de un Espartero (Homaje a la familia Botta)

Florencia de Titta

Rincón de un Espartero. 2019

Técnica mixta

50 x 70 cm



Jiri G. Dokoupil

Comedor de espaguetis. 1997

Técnica mixta

70 x 55 cm



Katia Angeli

Lovers 14. 2015

Técnica mixta sobre papel japonés

60 x 42 cm



Los Picolettos

Genios en la pista (Big boys). 2019

Acuarela sobre papel

21 x 30 cm



Miguel Ángel Moreno Carretero

Castillo de Alcalá de Guadaíra. 2017

Técnica mixta

30 x 30 cm.



Rogelio López Cuenca

Vogue URSS. 1989

Técnica mixta sobre papel

41 x 29 cm



Rogelio López Cuenca

Zaum Lui. 1989

Óleo sobre fotografía

72 x 40 cm



Beth Moyses

Reconstruyendo sueño. 2005

Fotografía. Ed. 1/10

42 x 58 cm



Martin Parr

Souvenir. 2012

Fotografia. Ed. 36/100

21 x 30 cm

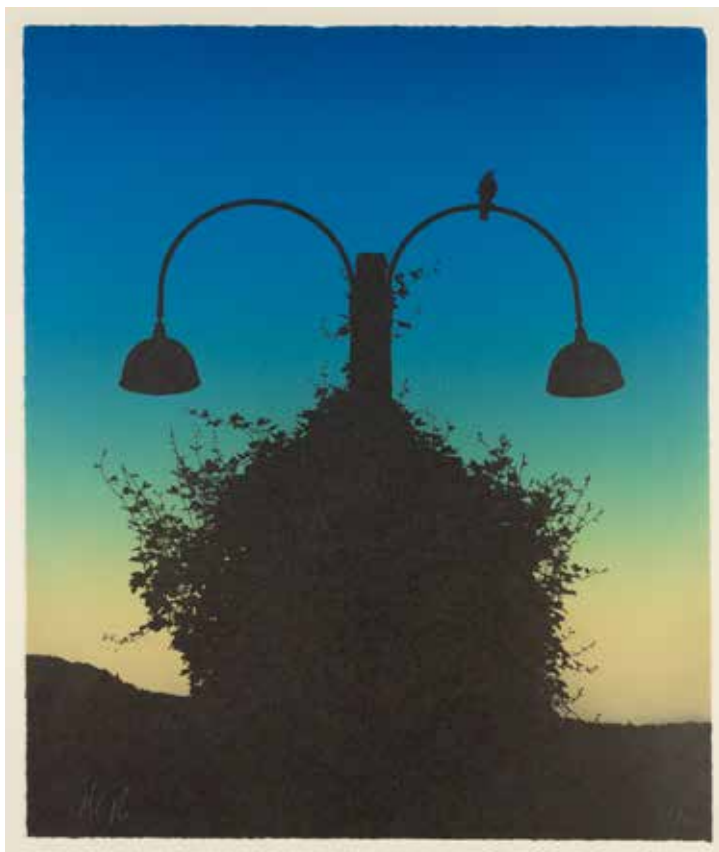


Rita McBride

Bus Load. 2008

Fotograbado. Ed. 16/55

34 x 40 cm



Glen Rubsamen

A reasuring lie unfolds I. 2006

Fotograbado. Ed. 12/50

40 x 34 cm



Johannes Zimmermann

Cascade I, Suíza. 2001

Fotografia

50 x 70 cm



Johannes Zimmermann

Cascade II, Suiza. 2001

Fotografia

50 x 70 cm



Johannes Zimmermann

Krka, Croacia. 2007

Fotografia

50 x 60 cm

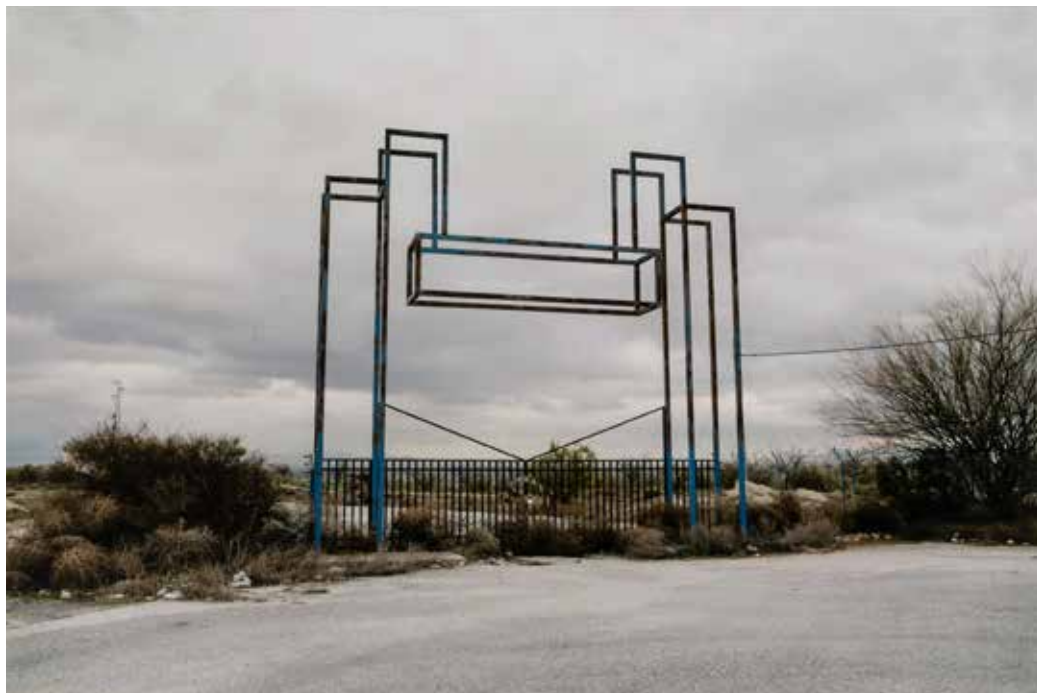


Juan del Junco

Haciéndome el sueco. 2006

Fotografía

80 x 100 cm



José Guerrero
Desértica. 2008
Inkjet Photo Rag
52 x 68 cm



Pilar Albarracín

Relicario. 1994

Fotografía

90 x 60 cm



Zush

Mesamag Ort. 1998

Fotografia, Ed. 4/10

32 x 46 cm

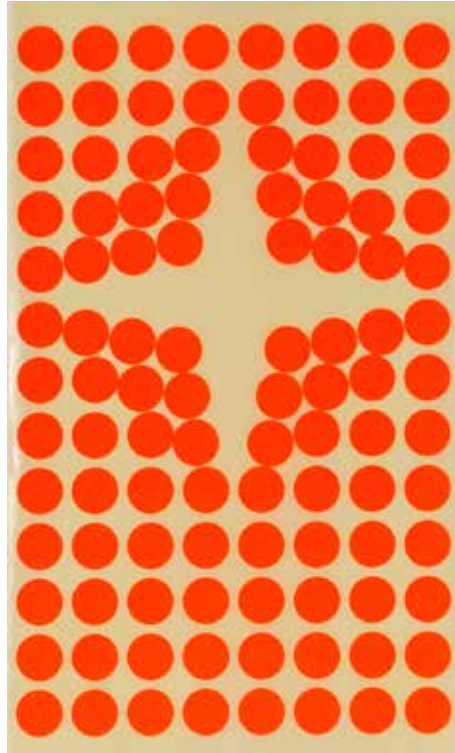


Manolo Bautista

El estudio del artista. 2008

C-print

70 x 100 cm



Marlon de Azambuja

Operaciones. 2010

Pegatinas sobre papel

21 x 16 cm



Joseph Beuys

Für Blinky Palermo. Circa 1964

Fotografia

14,7 x 20 cm



Manuel Ocampo

Pato loco. 2002

Óleo sobre lienzo

27 x 22 cm



Diango Hernández

Palmas Misiles. 2006

Tinta y acrílico en papel

33 x 27 cm



Curro González

Falsas Epifanías: Cruzando. 2008

Mixta sobre tela

65 x 81 cm



Kimika

Noche Saharaui, 2015

Técnica mixta sobre tela

23 x 33 cm



María José Gallardo

Este terreno no está en venta. 2019

Óleo sobre lienzo

37 x 33,5 cm

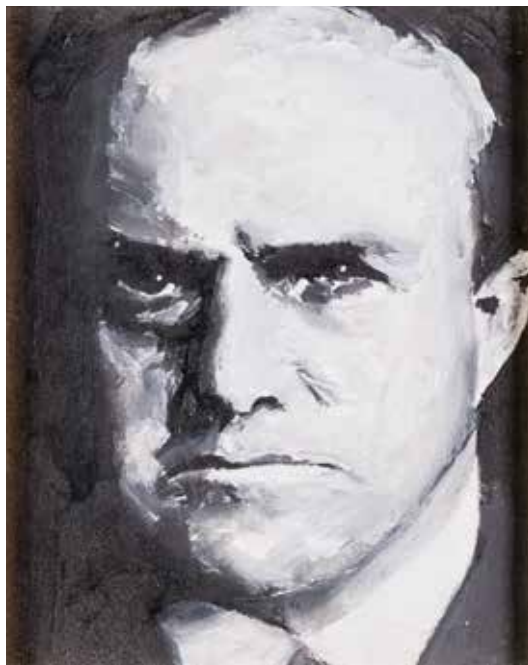


Carlos Miranda

Ciudad robada. Vista n° 19 con figura. 2004

Óleo sobre lienzo

33 x 24 cm



Santiago Ydáñez

S/T. 2019

Acrílico sobre madera entelada

22 x 17 cm



MP & MP Rosado

S/T. 2006

Acrílico sobre papel

30 x 42 cm



Miki Leal

Guerra (Serie The End). 2009

Fotograbado. Ed. 3/11

41 x 58 cm



Rafael Agredano
Avignon Guy I. 1996
Acrílico sobre tela
61 x 50 cm



Federico Guzmán

Pizarra. 1997

Técnica mixta sobre madera

87 x 63 cm



Federico Guzmán

Santa María Fosfénica. 2005

Monotipo calcográfico

80 x 120 cm



Miguel Ángel Campano

S/T. Fondo negro. 1995

Linóleo. Ed. 12/75

55 x 37,5 cm



Patricio Cabrera
S/T. 1993
Grafito sobre papel
50 x 70 cm



Antonio Mesones

S/T. Díptico. 2007

Acrílico sobre tela

89 x 45 cm





Gonzalo Elvira

JA, 2016

Óleo sobre tela perforada

15 x 22 cm



Vitor Mejuto

Santo Cefalóforo, 2020

Acrílico sobre loneta resinada

50 x 40 cm



Curro González

I like Fluxus but Fluxus doesn't like me. 2008

Óleo sobre lienzo

70 x 100 cm

ARTISTAS

Rafael Agredano, 57	Curro González, 50, 67	Miguel Ángel Moreno Carretero, 31
Pilar Albarracín, 43	José Guerrero, 42	Beth Moyses, 34
Katia Angeli, 29	Federico Guzmán, 58, 59	Manuel Ocampo, 48
Marlon de Azambuja, 46	Diango Hernández, 49	Bernardo Ortiz, 25
Mattia Barbieri, 21	Aldo Iacobelli, 22	Martin Parr, 35
Manolo Bautista, 45	Hisae Ikenaga, 20	Los Picolettos, 30
Joseph Beuys, 47	Juan del Junco, 41	MP & MP Rosado, 55
Rita McBride, 36	Kimika, 51	Glen Rubsamen, 37
Patricio Cabrera, 61	Miki Leal, 56	Fabia Schnoor, 19
Miguel Ángel Campano, 60	Hans Lemmen, 23	Sinéad Spelman, 24
Jiri G. Dokoupil, 28	Rogelio López Cuenca, 32, 33	Florencia de Titta, 27
Gonzalo Elvira, 64	Vitor Mejuto, 65	Santiago Ydáñez, 54
María José Gallardo, 52	Antonio Mesones, 62, 63	Johannes Zimmermann, 38, 39, 40
Dora García, 26	Carlos Miranda, 53	Zush, 44

Queridos. Colección de Jesús Reina

se terminó de imprimir el día 24 de noviembre
de dos mil veinte en Sevilla

Cualquier colección es fruto de la paciencia, la persistencia y el deseo a partes iguales. La colección de obras de Arte Contemporáneo de Jesús Reina es, además, el resultado de años de compartir complicidades con los artistas. Estas connivencias inspiradoras con los de su tiempo, son las que de alguna forma le ayudan a transitar y le motivan a sentirse parte de ese microsistema del arte. Una práctica que, a todos los que la habitan llena de satisfacciones y que a los que observan desde fuera llena de extrañeza. Es como un reducto en el que deambulan, unidos por hilos, a veces, indescifrables, todos los que hacen del Arte su residencia, su hogar.

